

Agatha
Christie[®]

NAVIDADES
TRÁGICAS

booket

Agatha Christie

Navidades trágicas

Traducción de J. Mallorquí Figuerola

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Hercule Poirot's Christmas © 1939 Agatha Christie Limited.
Todos los derechos reservados.

El logo del monograma de AC y el icono de Poirot son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Agatha Christie®

Traducción de J. Mallorquí Figuerola
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: octubre de 2018

Depósito legal: B. 20.445-2018
ISBN: 978-84-08-19524-5
Composición: La Letra, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Primera parte

22 de diciembre

I

Stephen se levantó el cuello del abrigo mientras avanzaba apresuradamente por el andén. Una tenue niebla llenaba la estación. Enormes locomotoras resoplaban lanzando al aire nubes de vapor. Todo estaba sucio y lleno de humo.

Stephen pensó con repugnancia:

«¡Qué país más asqueroso! ¡Qué ciudad más sucia!».

Se había desvanecido su primera impresión de las tiendas de Londres, de sus restaurantes, sus bien vestidas y atractivas mujeres. Ahora lo veía como una reluciente aguamarina engarzada en un anillo de plomo.

Si estuviese en África del Sur... Le invadió una súbita e intensa añoranza. Sol, cielos azules, jardines de flores azules, blancas, amarillas, creciendo profusamente por todos lados.

En cambio, aquí, barro, suciedad y masas inacabables de gente en continuo movimiento y lucha, atareadas hormigas moviéndose afanosas alrededor de su hormiguero.

Por un momento pensó:

«¡Ojalá no hubiese venido!».

Luego recordó sus propósitos y sus labios se cerraron en una fina línea. No. Tenía que seguir adelante. Durante años había proyectado aquello. Siempre pensó hacer lo que iba a realizar ahora. ¡Sí, tenía que seguir adelante por fuerza!

Aquella súbita indecisión, aquel preguntarse: «¿Para

qué? ¿Vale realmente la pena? ¿Por qué escarbar en el pasado? ¿Por qué no dejarlo correr?», todo eso era solamente debilidad. No era ya tiempo de desechar sus propósitos por el capricho de un momento. Tenía cuarenta años, se sentía seguro de sí mismo. Llegaría hasta el fin. Consumaría aquello que le había hecho viajar expresamente a Inglaterra.

Subió al tren y avanzó por el pasillo en busca de un asiento.

Había rechazado la ayuda de un mozo y llevaba él mismo su maleta de piel. Fue recorriendo vagón tras vagón. El tren estaba lleno. Faltaban sólo tres días para Navidad. Stephen Farr contemplaba, disgustado, los rebosantes vagones.

¡Gente! ¡Gente por doquier! Y todo el mundo con un aspecto igual, horriblemente igual. Los que no tenían cara de cordero tenían cara de conejo, pensó. Algunos runrunaban y resoplaban. Otros, sobre todo hombres de mediana edad, gruñían como cerdos. Hasta en las muchachas delgadas, rostros ovalados, labios rojos, había una depresiva uniformidad.

Con súbita añoranza recordó el amplio *veldt*, tostado por el sol, vacío de gente...

Y de pronto contuvo el aliento. Acababa de entrar en otro vagón. Aquella muchacha era distinta. Cabello negro, marfileña palidez, ojos con la profundidad y las tinieblas de la noche en ellos. Los tristes y orgullosos ojos del sur... El que aquella mujercita estuviera sentada en aquel tren, entre aquella gente opaca e impersonal, obedecía a algún inexplicable error. No podía ser que viajara en dirección a las Midlands. Su puesto estaba en un balcón, jugueteando con una rosa o un clavel, y a su alrededor el ambiente debía estar cargado de polvo, de calor y olor de sangre y de arena. Tenía que estar en algún sitio espléndido, no hundida en un vagón de tercera clase.

Era un hombre observador. Por ello no dejó de notar el mal estado del abrigo negro de la joven, lo barato de sus guantes, los sencillos zapatos y la chillona nota de un bolso rojo subido. Y, sin embargo, en aquella muchacha había esplendor, finura, exotismo.

¿Qué diablos hacía en aquella tierra de nieblas, frías e industriosas y presurosas hormigas?

«Tengo que enterarme de quién es y de lo que hace aquí. Tengo que enterarme», pensó.

II

Pilar estaba sentada junto a la ventanilla pensando qué extraño huelen los ingleses... La diferencia de olores fue lo que más le sorprendió de Inglaterra. No se notaba olor a polvo ni a flores. En aquel vagón los olores eran fríos. Olor a azufre y sulfuro, propio del tren. El olor a jabón y a otra cosa desagradable provenía del cuello de pieles de una mujer que se sentaba cerca de ella.

Sonó un silbato y una voz estentórea gritó algo. El tren se puso en movimiento y salió lentamente de la estación. Ya se habían puesto en marcha. Pilar estaba en camino...

El corazón le latió algo más deprisa. ¿Saldría todo bien? ¿Podría realizar lo que había decidido hacer? Seguramente. Lo tenía todo muy bien planeado.

Pilar curvó hacia arriba sus rojos labios, que, de pronto, reflejaban una fría crueldad.

Miró a su alrededor con la curiosidad de un niño. Había siete personas en su mismo compartimento. ¡Qué extraños eran los ingleses! Todos parecían ricos, prósperos, en sus ropas, sus zapatos. Indudablemente, Inglaterra era una nación rica. Pero en cambio allí nadie parecía contento.

De pie en el pasillo se veía a un hombre bastante apuesto. A Pilar le pareció muy atractivo. Le atraían su

rostro bronceado, su nariz aguileña y sus amplios hombros. Más rápida de comprensión que cualquier muchacha inglesa, Pilar se había dado cuenta de que aquel hombre la admiraba. No la había mirado fijamente, pero sabía muy bien las veces que él había dirigido la vista hacia ella y cómo la había mirado...

Anotó este hecho sin gran interés ni emoción. Venía de un país donde los hombres miraban a las mujeres como la cosa más natural del mundo y no trataban de disimularlo. Se preguntó si era inglés y decidió que no.

«Está demasiado lleno de vida para ser inglés —se dijo—. Y, sin embargo, es rubio. Puede que sea estadounidense.» Un empleado del tren pasó por el pasillo anunciando:

—El almuerzo está servido. Los que tengan sus puestos reservados pueden pasar al coche restaurante.

Los siete ocupantes del compartimento de Pilar tenían boletos para el primer turno. Se levantaron a la vez y el compartimento quedó de repente vacío y apacible.

Pilar se apresuró a cerrar del todo la ventanilla, que una dama de aspecto belicoso había abierto un par de centímetros. Luego se recostó cómodamente en su asiento y dejó vagar la mirada por el paisaje de los suburbios del norte de Londres. Al oír que se cerraba la puerta del compartimento no volvió la cabeza. Era el hombre del pasillo, y Pilar sabía perfectamente que entraba para hablar con ella.

—¿Quiere que abra la ventanilla? —preguntó Stephen Farr.

—Al contrario. He sido yo quien la ha cerrado. Durante la pausa que siguió, Stephen pensó:

«Una voz llena de sol... Es cálida como una noche de verano...».

Pilar pensó:

«Me gusta su voz. Es llena y fuerte. Es atractivo, sí, muy atractivo».

Stephen dijo:

—El tren va muy lleno.

—¡Oh, sí! La gente huye de Londres. Debe de ser porque allí todo es negro.

A Pilar no se la había educado con la convicción de que es un crimen hablar con desconocidos. Sabía cuidar de sí misma tan bien o mejor que cualquier otra muchacha y no tenía ningún rívido tabú.

Si Stephen se hubiera educado en Inglaterra, se habría sentido confuso al hablar con una joven a quien no había sido presentado. Pero Stephen era un hombre sencillo y creía que no era pecado hablar con aquellos que le resultaban simpáticos.

Sonrió sin ningún orgullo y dijo:

—Londres es un lugar terrible, ¿no?

—¡Oh, sí! No me gusta nada.

—Ni a mí.

—Usted no es inglés, ¿verdad? —preguntó Pilar.

—Soy súbdito británico, pero vengo de África del Sur.

—Eso lo explica todo.

—¿Y usted viene del extranjero?

—Sí, de España.

—¿De España? ¿Es usted española?

—Medio española nada más. Mi madre era inglesa.

Por eso hablo tan bien el inglés.

—¿Y qué hay de la guerra?

—¡Es horrible! Está habiendo mucha destrucción y ha muerto un sinfín de gente.

—¿Ha estado cerca de alguna batalla?

—No, pero al viajar hacia la frontera fuimos bombardeados por un avión. Mataron al chófer del coche en que yo iba.

Stephen la observaba atentamente.

—¿Se asustó mucho?

Pilar levantó hacia él los ojos.

—Todos tenemos que morir, ¿no es eso? Por lo tanto, da igual que baje silbando del cielo como que llegue de la tierra. Se vive algún tiempo, pero después hay que morir forzosamente. Siempre ha ocurrido así en este mundo.

Stephen Farr se echó a reír.

—Usted no debe de perdonar a sus enemigos, ¿verdad, señorita?

—No tengo enemigos, pero si los tuviera...

—¿Qué haría usted?

—Pues si tuviera un enemigo —respondió serenamente Pilar—, si alguien me odiara y yo le odiase..., le mataría.

La respuesta fue pronunciada con tal dureza que Stephen Farr se quedó desconcertado.

—Es usted una muchacha muy sanguinaria, señorita.

—¿Qué le haría usted a un enemigo? —preguntó a su vez Pilar.

—No lo sé. En realidad no lo sé.

—Tiene usted que saberlo.

Stephen contuvo la risa y en voz muy baja contestó:

—Sí, en realidad sí lo sé.

Luego, cambiando apresuradamente de tema, inquirió:

—¿Cómo es que ha venido usted a Inglaterra?

—He venido a quedarme con mis parientes ingleses.

—Ya comprendo —replicó Stephen, echándose hacia atrás y preguntándose cuál sería la impresión de los parientes de la joven cuando la vieran llegar para Navidad.

—¿Es bonito África del Sur? —inquirió Pilar.

Stephen se puso a hablarle de su país. La joven le escuchaba con la atención de una chiquilla a la que le narran un cuento bonito.

El regreso de los ocupantes del compartimento puso fin a la conversación. Stephen se puso en pie y despidiéndose con una amplia sonrisa se encaminó hacia el pasillo.

Al llegar a la puerta tuvo que detenerse un momento para dejar paso a una anciana. Su mirada se posó entonces en el equipaje de Pilar. Leyó con interés el nombre de Pilar Estravados. Pero al fijarse en la dirección, sus ojos se desorbitaron incrédulamente: «Gorston Hall, Longdale, Addlesfield».

Se volvió a medias, mirando a la muchacha con una nueva expresión: desconcierto, resentimiento, sospecha... Salió al pasillo y permaneció allí fumando un cigarrillo con el ceño fruncido.

III

En el enorme salón azul y oro de Gorston Hall, Alfred Lee y Lydia, su esposa, estaban haciendo planes para Navidad. Alfred era de estatura más bien baja, casi cuadrado, de mediana edad, rostro amable y ojos castaño claro. Al hablar levantaba poco la voz y procuraba modular con la mayor claridad. Tenía la cabeza hundida entre los hombros y daba una curiosa impresión de inercia... Lydia, su esposa, era una mujer muy enérgica. Estaba asombrosamente delgada y se movía con centelleante agilidad. Su rostro carecía de belleza, pero tenía distinción. Su voz era encantadora.

Alfred decía:

—¡Papá insiste en ello! No puede hacerse otra cosa.

Lydia dominó un ademán de impaciencia.

—¿Es que siempre tienes que hacer lo que él quiera?

—Es muy viejo...

—¡Ya lo sé, ya lo sé!

—Quiere que todo se haga como a él le gusta.

—Es natural, puesto que siempre ha sido así —replicó con sequedad Lydia—. Pero un día u otro tendrás que imponerte, Alfred.

—¿Qué quieres decir, Lydia?

La miró tan evidentemente inquieto y sobresaltado que, por un momento, Lydia se mordió los labios y pareció dudar de si debía seguir hablando.

Alfred Lee repitió:

—¿Qué quieres decir, Lydia?

La mujer se encogió de hombros y, eligiendo cuidadosamente las palabras, dijo:

—Tu padre se siente muy inclinado a la tiranía.

—Es viejo.

—Y lo será cada vez más. Y por lo tanto más tiránico. ¿Cómo acabaremos? Por ahora gobierna nuestras vidas según le place. No podemos forjar ningún plan a nuestro gusto. Si lo hacemos, se enferma.

—Piensa que es muy bueno con nosotros.

—¿Bueno con nosotros?

—Sí, muy bueno, recuérdalo —declaró con cierta dureza Alfred.

—¿Quieres decir monetariamente?

—Sí. Sus necesidades son muy reducidas y sencillas. Sin embargo, nunca nos ha regateado ni un céntimo. Puedes gastar lo que quieras en ropa y en esta casa, y todas las facturas son pagadas sin protesta alguna. Sin ir más lejos, la semana pasada nos regaló un coche nuevo.

—Reconozco que en lo referente al dinero tu padre es muy generoso —declaró Lydia—. Pero en cambio quiere que seamos como esclavos suyos sin ninguna posibilidad de réplica.

—¿Esclavos?

—Sí, ésa es la palabra. Tú eres su esclavo, Alfred. Si hemos decidido salir y a tu padre se le ocurre de pronto desear que no nos marchemos, anulas la salida y te quedas en casa sin la menor protesta... No tenemos vida propia...

Alfred Lee replicó, muy disgustado:

—Quisiera que no hablaras así, Lydia. Te muestras muy ingrata. Mi padre ha hecho siempre mucho por nosotros.

Lydia tuvo que morderse los labios para retener la respuesta que estaba a punto de soltar. Se encogió de nuevo de hombros.

—Sabes muy bien que mi padre siente una enorme simpatía hacia ti, Lydia.

—Pues yo no puedo decir lo mismo respecto de él —replicó claramente la mujer.

—Me duele oírte hablar así. Lamento escuchar esas palabras en tus labios.

—Es posible, pero a veces una tiene la necesidad de decir la verdad.

—Si papá sospechara...

—Tu padre sabe muy bien que yo no le quiero. Creo que eso le divierte.

—Realmente, Lydia, creo que en eso estás equivocada. Muchas veces me ha hablado de lo bien que te portas con él.

—Es natural. Siempre he procurado ser amable. Y lo seguiré siendo. Ahora sólo se trata de que sepas cuál es mi manera de pensar y sentir con respecto a tu padre. Me es antipático. Lo considero un tirano. Te trata como a un muñeco y luego se ríe de tu cariño hacia él. Ya debieras haberte impuesto hace años.

—Está bien, Lydia, no hables más.

La mujer suspiró.

—Lo siento. Puede que me equivoque... Hablemos de los invitados de Navidad. ¿Crees que tu hermano David querrá venir?

—¿Por qué no?

Lydia movió dubitativamente la cabeza.

—David es un chico muy raro. Hace años que no ha entrado en esta casa. Quería mucho a su madre y no le gusta visitarnos aquí.

—David siempre atacó los nervios de papá con su música y sus sueños. A veces puede que papá fuera un poco duro con él. De todas formas, creo que David e Hilda no se negarán a venir. Será Navidad.

—Paz y buena voluntad —declaró Lydia, curvando irónicamente los labios—. Ya veremos. George y Magdalene vendrán. Puede que lleguen mañana. Creo que Magdalene se aburrirá mucho.

Alfred declaró con cierto disgusto:

—Nunca he podido comprender por qué mi hermano George se casó con una mujer veinte años más joven que él. Claro que siempre ha sido un loco.

—Pues en su carrera ha tenido mucho éxito —declaró Lydia—. Sus electores le aprecian. Creo que Magdalene le ayuda mucho en su carrera política.

—No me es nada simpática —murmuró Alfred—. Es muy guapa, pero nunca me he fiado mucho de las apariencias. Es como una de esas perras que parecen de cera...

—Y por dentro son malas, ¿no? —sonrió Lydia—. ¡Resulta cómico que hables así, Alfred!

—¿Por qué?

—Porque generalmente eres un hombre muy bueno. No dices nada malo de nadie. A veces hasta siento rabia de que no seas desconfiado. El mundo es malo.

—Siempre he creído que el mundo es tal como uno lo hace —sonrió Alfred.

—No. El mal no está sólo en nuestro pensamiento. El mal existe... Tú parece no darte cuenta de su realidad. Yo sí. Siempre lo he notado en esta casa... —Lydia se mordió los labios y se alejó.

—¡Lydia! —la llamó su marido.

Pero ella levantó una mano y sus ojos señalaron algo que estaba detrás de Alfred.

Éste se volvió, descubriendo a un hombre moreno, de

rostro bondadoso, que estaba de pie junto a la puerta, deferentemente inclinado.

—¿Qué pasa, Horbury? —preguntó Lydia.

—Mr. Lee, madame —replicó en voz baja Horbury—. Me ha encargado que le avise a usted de que habrá dos invitados más para Navidad. Desea que usted haga preparar sus habitaciones.

—¿Dos individuos más? —replicó Lydia.

—Sí, señora. Otro caballero y una joven.

—¿Una joven? —preguntó, extrañado, Alfred.

—Sí, señor. Eso fue lo que dijo Mr. Lee.

—Subiré a verle... —empezó Lydia.

Horbury hizo un ligerísimo movimiento, pero fue suficiente para detener a Lydia.

—Perdone la señora, pero Mr. Lee está durmiendo la siesta. Ha mandado que no se le moleste.

—Perfectamente —dijo Alfred—. No le despertaremos.

—Muchas gracias, señor. —Y Horbury se retiró.

—¿Cómo odio a ese hombre! —exclamó Lydia—. Va de un lado a otro de la casa como un gato. Una nunca le oye llegar o marcharse.

—A mí tampoco me es simpático. Pero conoce bien su oficio. No es fácil conseguir un buen ayuda de cámara. Y lo más importante es que a papá le gusta.

—Sí, es verdad, eso es lo más importante, Alfred. Y, a propósito, ¿qué joven es ésa?

—No lo sé. No recuerdo a ninguna.

Los esposos se miraron. Luego Lydia dijo, con una leve contracción de su expresiva boca:

—¿Sabes lo que estoy pensando, Alfred?

—¿Qué?

—Creo que últimamente tu padre se ha estado aburriendo. Me imagino que se está preparando una divertida fiesta de Navidad.

—¿Presentando a dos desconocidos al círculo familiar?

—No conozco los detalles, pero me parece que tu padre prepara algo para divertirse.

—Ojalá encuentre algún placer en hacerlo —declaró gravemente Alfred—. Comprendo lo que debe sufrir el pobre, con una pierna inmovilizada, después de la vida tan agitada que ha llevado.

—Sí, muy agitada —repitió Lydia, dando una oscura significación a las palabras.

Alfred debió de entenderla, pues enrojeció intensamente.

—¡No comprendo cómo ha podido tener un hijo como tú! —exclamó Lydia—. Sois polos opuestos. Y él te domina... y tú le adoras.

—Me parece que vas demasiado lejos, Lydia —dijo Alfred, algo humillado—. Me parece muy natural que un hijo quiera a su padre. Lo extraño sería que no lo quisiera.

—En ese caso, la mayoría de los miembros de esta familia son extraordinarios —sonrió Lydia—. ¡Oh, no discutamos! Perdóname. Ya sé que he herido tus sentimientos. Créeme, Alfred, no pensaba decir eso. Te admiro enormemente por tu fidelidad. La lealtad es una virtud muy rara en estos tiempos. Puede que esté celosa. Si las mujeres sienten celos de sus suegras, ¿por qué no han de sentirlos de sus suegros?

—Te domina la lengua, Lydia. No tienes ningún motivo para estar celosa.

Lydia le dio un beso en la oreja.

—Ya lo sé, Alfred. Además, no creo que hubiese sentido celos de tu madre. Me gustaría haberla conocido.

—Fue una pobre criatura —dijo.

Su mujer le miró extrañada.

—¿Es ésa la forma más natural de hablar de ella? ¿Una pobre criatura? Muy interesante...

Con la mirada perdida, Alfred siguió:

—Siempre estaba enferma... A veces recuerdo que lloraba. —Movi6 la cabeza—. No tenia esp6ritu.

—Qu6 raro...

Pero cuando Alfred se volvi6 para descifrar el significado de estas palabras, Lydia movi6 la cabeza y, cambiando de conversaci6n, dijo:

—Puesto que no tenemos derecho a saber qui6nes son esos inesperados hu6spedes, ir6 a terminar con mi jard6n.

—Hace mucho fr6o. El viento es helado...

—Ya me abrigar6.

Lydia sali6 del cuarto. Al quedarse solo, Alfred Lee permaneci6 un instante inm6vil, frunciendo el ce6o. Luego se dirigi6 a la gran ventana del final de la estancia. Fuera, una terraza rodeaba casi toda la casa. Al cabo de unos minutos vio salir por ella a Lydia con un cesto plano. Llevaba un grueso abrigo. Dej6 el cesto en el suelo y se puso a trabajar en un sumidero de piedra, cuyos bordes sobresal6an ligeramente del suelo.

Su marido la observ6 durante alg6n tiempo. Finalmente abandon6 la habitaci6n, se puso un abrigo y sali6 a la terraza por una puerta lateral. Mientras avanzaba por all6 pas6 junto a otros sumideros convertidos en min6sculos jardines, producto todo ello de los 6giles dedos de Lydia.

Uno pod6a ver una escena de desierto con amarillenta arena, un peque6o macizo de palmeras de hojalata pintada y una procesi6n de camellos con dos o tres figurillas 6rabes. Algunas chozas de barro, estilo primitivo, hab6an sido hechas de plastilina. Hab6a tambi6n un jard6n italiano, con terrazas y muchas flores de cera. Otro de los jardincitos era un paisaje 6rtico, con trozos de grueso cristal verde que hac6an las veces de iceberg, y un grupo de ping6inos. A continuaci6n ven6a un jard6n japon6s, con unos arbolillos floridos y un espejo que serv6a de agua, sobre el cual se ve6an unos puentes de plastilina.

Por fin llegó al sumidero donde estaba trabajando su esposa. Lydia había extendido una hoja de papel azul que cubría con un vidrio. Alrededor se amontonaban las rocas. En aquel momento, Lydia estaba sacando piedrecillas de una bolsa y colocándolas de forma que pareciesen la arena de una playa. Entre las piedras había pequeños cactus.

—Eso es —decía Lydia—. Así me lo imagino...

—¿Cuál es tu última obra de arte? —preguntó Alfred. Lydia se sobresaltó, pues no lo había oído llegar.

—¿Esto? Es el mar Muerto. ¿Te gusta?

—Un poco árido, ¿no? Tendría que haber algo más de vegetación.

Su mujer movió negativamente la cabeza.

—Ésa es la idea que me he forjado del mar Muerto. Está muerto, ¿comprendes?

—No es bonito como los otros.

—No pretendo que sea bonito.

Se oyeron pasos en la terraza. Un viejo criado de cabellos blancos, ligeramente inclinado hacia delante, avanzaba hacia ellos.

—La esposa de Mr. George Lee está al teléfono, señora. Pregunta si hay algún inconveniente en que ella y Mr. George lleguen mañana a las cinco y veinte.

—Ninguno. Dígale que pueden venir a esa hora.

—Muy bien, señora.

El criado se marchó. Lydia le vio alejarse. La expresión de su rostro se había suavizado.

—El bueno de Tressilian. ¡Qué ayuda es para nosotros! No sé lo que haríamos sin él.

Alfred se mostró de acuerdo.

—Pertenece a la vieja escuela. Hace casi cuarenta años que está con nosotros. Nos profesa verdadera y desinteresada devoción.

—Sí, es como los fieles mayordomos de las novelas. Creo que se dejaría matar con tal de proteger a la familia.

—Sí, creo que sí —murmuró Alfred. Lydia terminó de arreglar el jardín.

—¡Ya está todo preparado! —dijo.

—¿Preparado? —Alfred no pareció comprender.

—Para Navidad, tonto. Para esa sentimental Navidad familiar que vamos a disfrutar.

IV

David estaba leyendo la carta. Cuando acabó hizo una bola con ella y la tiró lejos de sí. Después, alcanzándola, la alisó y volvió a leerla.

Inmóvil, sin pronunciar ni una sola palabra, Hilda, su mujer, le observaba. Había notado el temblor de los músculos faciales de su marido y los movimientos espasmódicos de todo su cuerpo. Cuando David hubo apartado de la frente el mechón de cabellos que siempre tendía a caer sobre ella y levantando la cabeza la miró, la mujer estaba ya preparada.

—¿Qué debemos hacer, Hilda?

Hilda vaciló antes de contestar. Había notado la súplica que vibraba en su voz. Sabía lo mucho que él confiaba en ella. Siempre había dependido de ella, desde su matrimonio. Sabía que podría influir de una manera decisiva en la determinación que tomara. Pero, por eso mismo, procuró no decir nada definitivo.

Con voz serena y tranquilizadora, como la de una madre, replicó:

—Todo depende de tus sentimientos, David.

Hilda era más bien gruesa. No era hermosa, pero poseía cierto don magnético. Había en ella algo de cuadro holandés. Su voz era cálida y alentadora. Su vitalidad era intensa... Esa vitalidad que tanto atrae a los débiles. Una mujer gorda, de mediana edad, no muy lista ni muy inte-

ligente, pero con algo que no podía pasar inadvertido. ¡Fuerza! ¡Hilda Lee tenía fuerza! ¡Sí, completa!

David se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación. En su cabellera casi no se advertía ninguna hebra gris. Su aspecto era extraordinariamente juvenil. Su rostro recordaba el de los caballeros de Burne-Jones. Tenía algo de irreal.

—Ya deberías conocer mis sentimientos, Hilda —replió al fin.

—No estoy segura.

—Pero te lo he dicho... ¡Te lo he dicho muchas veces! ¡Sabes cómo los odio a todos, a la casa, al campo de los alrededores... a todo! Sólo me despierta dolor. ¡Odio hasta el último momento que pasé allí! ¡Cuando pienso en ello, en todo lo que llegó a sufrir mi madre...!

Hilda sonrió tristemente.

—Era tan buena, Hilda. Siempre en la cama, tan paciente... Pero soportándolo todo, aguantando... ¡Y cuando pienso en mi padre! —Su rostro se ensombreció—. Él fue el causante de tanto dolor. La humilló, vanagloriándose ante ella de sus líos amorosos, siéndole siempre infiel y siempre ocupándose de no ocultarlo.

—No debía haberlo soportado —dijo Hilda—. Debió abandonarlo.

—Era demasiado buena para hacer eso —replicó David con acento de reproche—. Creía que su deber era seguir allí. Además, era su hogar. ¿Adónde hubiese ido?

—Pudo haberse forjado una nueva vida.

—En aquellos tiempos no podía hacerse algo así. Tú no lo comprendes. Las mujeres no se portaban de esa forma. Soportaban la infidelidad. Tenía que pensar en nosotros. Si se hubiera divorciado de mi padre, ¿qué habría sucedido? Probablemente él se hubiera vuelto a casar. Habría habido una segunda familia. Nuestros intereses se habrían ido al diablo. Tenía que pensar en todo ello.